

Pierre Charbonnier: *Abondance et liberté. Une histoire environnementale des idées politiques*. La Découverte, París, 2020

Introducción (fragmento)

Durante el tiempo necesario para escribir este libro, el sitio de observación estadounidense de Mauna Loa, en Hawái, indica que la concentración de CO₂ atmosférico [dióxido de carbono, el gas que produce el efecto invernadero] ha cruzado la marca de 400, luego 410, partes por millón (ppm). Esta medida, que registra la transformación del clima de origen humano, demuestra que en la escala de una actividad tan pequeña como la escritura de una obra de filosofía, la realidad ecológica se degrada en silencio en proporciones espectaculares. Digamos que este valor se mantuvo por debajo de 300 ppm para toda la historia humana preindustrial, y que el autor de estas líneas nació a 340 ppm. Un estudio alemán, muy publicitado, también mostró que la biomasa de insectos voladores se ha reducido en un 76% en 27 años: a pesar de las medidas de protección y la creación de áreas naturales, las tres cuartas partes de los insectos han desaparecido en unas pocas décadas. Y esto es solo una pista en medio de un vasto cuerpo de investigación sobre la degradación del suelo, el agua, la polinización y las funciones de mantenimiento de los ecosistemas, que indican que la transformación de la Tierra ahora está teniendo lugar a un ritmo comparable con la duración de una vida, e incluso con un simple proyecto de escritura.

En el mismo período de cinco años, el panorama político mundial ha experimentado transformaciones igualmente dramáticas. La ascensión al poder de Donald Trump en los Estados Unidos en 2017, de Jair Bolsonaro en Brasil en 2019, pero también la victoria de los partidarios del Brexit en junio de 2016 son los hitos más claros en una serie de eventos a menudo interpretados como la desintegración del orden liberal. Casi en todas partes del mundo, un movimiento para regresar a las fronteras y al conservadurismo social federa desesperadamente a ciertos perdedores de la globalización en busca de nuevos protectores y élites económicas decididas a llevar a los pueblos al juego de la rivalidad entre las naciones para preservar la acumulación de capital. Sin embargo, un poco antes, los acuerdos de París, firmados con entusiasmo general en diciembre de 2015, insinuaron el surgimiento de un nuevo tipo de diplomacia, encargada de llevar el concierto de las naciones a la era climática. A pesar de las debilidades constitutivas de este acuerdo, es esta articulación entre la cooperación diplomática y la política climática lo que los nuevos maestros del caos han atacado: descartan fundar un orden mundial sobre la limitación de la economía.

Durante este mismo período, además, pudimos presenciar la proliferación de frentes de protesta social que, directa o indirectamente, cuestionaron el estado de la Tierra. Las últimas correcciones hechas a este libro se hicieron al ritmo de

las movilizaciones de los “chalecos amarillos” en Francia, que no podemos olvidar que fueron activadas por un proyecto de impuesto sobre el combustible. La invención de una nueva relación con el territorio dentro de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes, o en ocasión del conflicto entre los habitantes de la reserva amerindia de Standing Rock y el proyecto del oleoducto en Dakota, empezaron en el momento en que comencé, en mis seminarios, a forjar vínculos entre la historia del pensamiento político moderno y la cuestión de los recursos, del hábitat y, en general, de las condiciones materiales de existencia. En resumen, las noticias confirman y alimentan constantemente la idea de una reorientación de los conflictos sociales en torno a la subsistencia humana. Pero, además de todo eso, junto con las marchas climáticas, los discursos de Greta Thunberg, las operaciones de desobediencia llevadas a cabo por Extinction Rebellion en Londres, también hubo Haití, Puerto Rico, Houston: la intensificación de los huracanes tropicales y la quiebra de las respuestas de los gobiernos han convertido a la vulnerabilidad climática en reveladora de desigualdades sociales cada vez más politizadas. La distribución de la riqueza, de los riesgos y de las medidas de protección nos obliga a comprender conjuntamente el destino de las cosas, las personas, las leyes y las máquinas que las unen.

Por lo tanto, cinco años son suficientes para registrar cambios importantes. Cinco años bastan para mirar al pasado, por cercano que sea, como un universo totalmente diferente del que ahora vivimos y al que nunca volveremos. La velocidad de estos cambios también nos deja ante una pregunta más oscura: ¿dónde estaremos cuando hayan pasado cinco años más?

Este libro es, a la vez, una investigación sobre los orígenes y la importancia de estos eventos y una de sus múltiples manifestaciones – por cierto que microscópica. Asume un significado en este extraño contexto de cambios ecológicos, políticos y sociales globales, cuya importancia percibimos vagamente sin saber cómo describirlos, y mucho menos traducirlos al lenguaje teórico. En cierto sentido, este trabajo consiste en incorporar la práctica de la filosofía en esta historia, en recalibrar sus métodos, el tipo de atención que presta al mundo, en función de estas cuestiones.

[...]

Para comprender lo que le está sucediendo al planeta, así como las consecuencias políticas de esta evolución, debemos volver a las formas de ocupación del espacio y uso de la tierra en vigor en las sociedades de la primera modernidad occidental. El despliegue de la soberanía territorial del Estado, los instrumentos de conquista y mejora de los suelos, pero también las luchas sociales que tuvieron lugar en esas circunstancias, todo eso forma la base de una relación colectiva con las cosas de la que vivimos actualmente los últimos instantes. Incluso antes de la carrera por la extracción de recursos, que superpuso las nociones de progreso y desarrollo material, en el siglo XIX, parte

de las coordenadas legales, morales y científicas de la relación moderna con la tierra ya estaban en su lugar. En otras palabras, para comprender los imperios petroleros, las luchas por la justicia ambiental y las curvas perturbadoras de la climatología, uno debe volver a la agronomía, el derecho y el pensamiento económico de los siglos XVII y XVIII: a Grocio, a Locke, a los fisiócratas. Para comprender nuestra incapacidad de imponer restricciones a la economía en nombre de la protección de nuestra subsistencia y nuestros ideales de igualdad, debemos volver a la cuestión social del siglo XIX y la forma en que la industria afectó las representaciones colectivas de emancipación. Los debates actuales sobre la biodiversidad, el crecimiento, el estado de la vida silvestre son solo el último paso en una larga historia en la que nuestras concepciones sociales y la materialidad del mundo se construyeron juntas. El imperativo ecológico mismo, en la medida en que se lo reconoce como tal, encuentra su significado en esta historia.

En términos más filosóficos, esto significa que las formas de legitimación de la autoridad política, la definición de objetivos económicos, las movilizaciones populares por la justicia siempre han estado estrechamente vinculadas al uso del mundo. El significado que le damos a la libertad, los medios que se han utilizado para instituir y preservarla, no son construcciones abstractas o puramente discursivas, sino los productos de una historia material a la que el suelo y el subsuelo, las máquinas, las propiedades de los seres vivos han proporcionado palancas decisivas para la acción. La actual crisis climática revela dramáticamente este vínculo entre la abundancia material y el proceso de emancipación. La administración estadounidense a cargo de la energía, por ejemplo, recientemente nombró al gas natural, un combustible fósil, “moléculas de libertad” [*molecules of U.S. freedom to be exported to the world*], invocando de esta manera, tan brutal como ingenua, el imaginario de una emancipación (respecto de las limitaciones naturales) mediante la producción: la libertad estaría literalmente contenida en la materia fósil. Esta declaración, propiamente fabulosa, contrasta con todo lo que indican las investigaciones de climatología y su traducción política: la acumulación atmosférica de CO₂ no solo compromete la habitabilidad de la Tierra, sino que también requiere una nueva concepción de nuestras relaciones políticas con los recursos. En otras palabras, estas mismas moléculas contienen el reverso de la libertad, son una prisión ecológica de la que no podemos encontrar una salida. Ahora bien, precisamente es la alteración, sin equivalencia en el pasado, de nuestra asociación con las características físicas y biológicas del mundo la que debe explicarse a partir de nuestra trayectoria histórica.

Construí esta historia y este análisis en torno a tres grandes bloques históricos, separados por dos mutaciones ecológicas y políticas de alcance revolucionario.

El primero de estos bloques es la modernidad preindustrial: un universo social en el que trabajar la tierra constituye la base de la subsistencia y el apoyo de los

principales conflictos sociales, una referencia esencial para pensar la propiedad, la riqueza, la justicia. La tierra es, al mismo tiempo, un recurso en disputa, la base de la legitimidad simbólica del poder y un objeto de conquista y apropiación. En realidad, nunca dejó de ser todo esto a la vez, pero gradualmente, durante el siglo XIX, se agregó una nueva coordenada ecológica al universo material y mental de los humanos: el carbón, después el petróleo, es decir, los combustibles fósiles.

Un segundo bloque histórico comienza cuando las sociedades se reconfiguran en torno al uso de estas energías concentradas, ahorradoras de espacio, fácilmente intercambiables y capaces de redefinir profundamente las funciones productivas. Con ellas, el destino social de millones de hombres y mujeres cambiará, no solo porque el trabajo y sus apoyos técnicos se verán afectados, sino también porque se pondrán a prueba, debido al gran reordenamiento material, los modos de organización y los ideales colectivos.

Finalmente, muy cerca de nosotros, está en marcha una segunda transformación ecopolítica, cuyas proporciones son al menos tan grandes y cruciales como la anterior. Se inaugura un tercer universo, cuyo comienzo vivimos, y que puede definirse por la alteración catastrófica e irreversible de las condiciones ecológicas globales. El conjunto de ciclos biogeoquímicos que estructuran la economía planetaria son empujados, más allá de sus capacidades de regeneración, por el ritmo de las actividades productivas; la naturaleza de los suelos, el aire, el agua está cambiando y, al hacerlo, inscribe a los colectivos humanos y sus luchas en nuevas coordenadas.

[...]

Por lo tanto, el pensamiento político moderno se ha desplegado históricamente en tres mundos muy diferentes entre sí. Un mundo terrenal, agrario, altamente territorial; un mundo industrial y mecánico, que ha generado nuevas formas de solidaridad y conflicto; y un mundo que emerge, del cual aún no sabemos mucho, excepto que la búsqueda de los ideales de libertad e igualdad adquiere una cara completamente nueva. En cada caso, las aspiraciones colectivas y las relaciones de dominación han estado profundamente marcadas por las características específicas de estos mundos, y la parte principal de mis análisis se dedicará a mostrar cómo sucedió: demostración que toma un giro en parte anticipativo en lo que concierne a la última fase, que apenas ha comenzado.

La filosofía y la historia de las ideas no tienen la costumbre de buscar en el pensamiento político rastros de las limitaciones y posibilidades ecológicas que las han acompañado. Generalmente se supone que estas fuerzas solo pueden ser externas a ellas. Por lo tanto, o adoptamos un enfoque dominado por el determinismo material, y los factores ciegos, impersonales, ecológicos, energéticos y demográficos son suficientes para explicar las formas de vida social; o tomamos en serio la producción de ideas filosóficas, morales y legales,

y transmitimos más o menos conscientemente la idea de que estas ideas forman un mundo por derecho propio, que imprime a la historia su movimiento y su significado. Parte de mi argumento consiste en mostrar que no estamos condenados a esta alternativa naturalista: las coordenadas materiales de la convivencia social dejan sus huellas en los debates teóricos y normativos, y estos debates, de modo mucho más frecuente de lo que se piensa, influyen sobre estas coordenadas, con la solidez de sus fundamentos y orientaciones.

Dicho con otras palabras, traté de escribir una historia cuya tesis principal -la incorporación de las aspiraciones y luchas por la libertad en una historia material- es al mismo tiempo el principio de composición, el método.